



El retorno del fifí

SANDRA BARBA, EDUARDO HUCHÍN SOSA

En los últimos meses, la palabra “fifí” ha ganado popularidad en el debate y la conversación coloquial. No es del todo cierto que solo se trate de una expresión inofensiva, de una reacción a las desigualdades sociales.

HAY QUE MORDERSE los labios dos veces para pronunciarlo. Fifí. (A mayor protagonismo de los dientes, mayor sonido de desprecio.) Empezamos a hacerlo desde que en ese momento candidato Andrés Manuel López Obrador le quitó a la palabra el polvo que tenía para arrojarla contra los rivales, críticos y opositores de su campaña presidencial: la prensa fifí, la sociedad civil fifí, los *juniors* conservadores que simulan ser liberales pero que bien vistos (es decir, vistos por él) son fifís.

Desde entonces la palabra fifí no ha hecho sino ganar terreno en la arena pública. Según la herramienta Google Trends, hacia finales de 2018 su popularidad se había disparado, gracias a personas que buscaban en Google su definición y los detalles de la llamada

“marcha fifí”, la manifestación del 11 de noviembre contra la cancelación del aeropuerto, que despertó más de una burla en las redes sociales. Se acudió a diccionarios, a interpretaciones sociológicas, a las citas de López Obrador para desentrañar un adjetivo que describía lo mismo medios de comunicación, protestas y bodas.

Para Gibrán Ramírez Reyes, palabras como fifí o catrín “desnudan el privilegio que se defiende y se le reivindica como legítimo impudicamente”. Al contrario, Carlos Bravo Regidor considera que “una cosa es nombrar las desigualdades para hacerlas visibles y combatirlas” y otra “es instrumentalizar esos nombres como armas retóricas para deslegitimar a la crítica”. Gabriel Zaid incluye “fifí” en su inventario de epítetos que hacen de AMLO “un artista del insulto, del desprecio, de la descalificación”. En respuesta, el periodista Luis G. Hernández, acudiendo a una crónica a Alfonso Taracena sobre los fifís de los años treinta, quiso demostrar que “fifí” era y es “un simpático calificativo, que no un insulto”.

Desde que López Obrador ganó las elecciones, la palabra “fifí” parece provocar más ansiedad entre los —atención a lo que vamos a hacer aquí— blancos contra los que va dirigida y que piensan que no es una palabra presidencial. No la imaginan en boca de quien, siendo

titular del ejecutivo, debería actuar como árbitro y dirimir los conflictos de la sociedad (una misión indispensable del Estado, al menos para cierta tradición de filosofía política). Del otro lado de la cancha, la legitimidad del término pasa por el recurrente argumento de que no existe el clasismo inverso: dado que se dirige a quien tiene más poder, no denigra a ninguna persona.

Pero ¿de verdad nunca nadie en ninguna de las anteriores tres transformaciones del país quiso insultar a otro llamándolo “fifí”? Habría que ver.

AFEMINADOS QUE ANDAN POR AHÍ LLAMANDO LA ATENCIÓN

A menudo la palabra fifí aparece en la prensa y la literatura de las décadas de los veinte y treinta: en artículos, columnas, cuentos breves, novelas, en las páginas de una autobiografía en ese momento inédita (*La estatua de sal*, de Salvador Novo) y como subtítulo de un semanario (donde también colaboró Novo), en las narraciones y comentarios moralinos a la sección de la nota roja. Lo que vincula esos textos es su deleite en la descripción minuciosa del atuendo fifí. No están escritos con una prosa sobria, sino frenética por el detalle. Delatan, con ella, su obsesión por el gusto de otros hombres de vestir a la moda.

ATUENDO

Vestido: Trajes de dos piezas. Sacos cortos a cuadros o pantalones de rayas. Gabardina ajustada.

Accesorios: Sombrero fino de paja, “echado hacia atrás como manda la moda”. (Bombín en otoño e invierno.) Bastón y monóculo, pañuelo de seda, zapatos con broche, “calcetín albeante entre el pantalón alto y el choclo demasiado bajo”.

Para quienes redactaron estas listas, el esmero de los hombres en su atuendo no podía significar otra cosa más que su *afeminamiento*. Por decreto social, a los hombres no les aflige la ropa —entonces era, debía ser, un asunto propio y exclusivo de las mujeres—. La vanidad era un defecto tolerable o incluso grato, por coqueto, en ellas, pero repugnante en ellos.

Resultaba todavía más reprochable cuando la vanidad masculina escapaba de casa para mostrarse en público. Los paseos de los afeminados también preocuparon a la prensa. El fifí “no se vale de ningún vehículo porque considera que viajando de esa forma pierde la oportunidad de exhibir su sirosa figura”. Adornado, se detiene en la calle de Madero: “su vida la pasa de pie en una esquina de las calles animadas siempre con una actitud hierática e inmóvil, a la manera de esas aves esbeltas y estáticas”. Presume sus *telas gritonas*. “No se sienta a descansar porque se quiebran las rayas del pantalón.”

Las citas son parte de una entrega de Gregorio López y Fuentes a *El Universal Gráfico*. En la década de los veinte, al escritor le dio por publicar una columna de narraciones satíricas y moralinas basadas en los crímenes reportados en los diarios. En “La decadencia del fifí” (14 de abril de 1923), por ejemplo, retoma la captura de dos miembros de una banda de ladrones “fifís” en Tacubaya. La sorna posrevolucionaria no se detuvo en los paseos y el vestido. La sospecha, era de esperarse, se desbordó al cuerpo. El fifí es delgado, no musculoso ni fornido como *los verdaderos hombres*. López y Fuentes lo compara con un ave esbelta. La investigadora Guadalupe Caro Cocotle coincide y agrega que el fifí, según fuentes de la época, “era asiduo a usar corsé [...] no usaba bigote ni barba”. Es posible que esa descripción del cuerpo *afeminado* sea un eco mexicano del cuento de Guy de Maupassant, *Mademoiselle Fifi* (1882). Sobre ese personaje, varón pero identificado burlescamente por sus compañeros como “señorita”, Maupassant escribe: “Este apodo se debe al estilo coqueto de su vestido y modales, a su cintura esbelta, que parece ceñida por un corsé, a su rostro pálido, sobre el cual se distingue con dificultad un bigote incipiente, y también porque ha adquirido el hábito, para expresar su desprecio absoluto por personas y cosas, de usar la locución francesa: ‘*Fi! Fi donc!*’, que pronuncia con un débil ceceo.”

La crítica y la sátira del afeminamiento, que no es sutil en el cuento de Maupassant, se desborda en los escritos mexicanos. En la misma columna de *El Universal Gráfico*, López y Fuentes escribe —y quizá exagera— que los miembros de la banda fifí recién capturada olían “a polvo de arroz” y tenían “los labios un poco recargados de carmín”. Insiste en lo mismo con otra columna: “quien haya observado el surtido de fifís por la avenida principal lo ha de haber visto [a Artemio Molina] con todo el rostro recargado de polvo de arroz”.

Los afeminados —¡escándalo!— se maquillan. Salvador Novo repite ese rasgo del fifí en *Lota de loco* (1931), proyecto de novela de la que solo conocemos fragmentos. Pepito, hermano de la protagonista —quien, para colmo, se llama Adelaida en un guiño al mexicanísimo y revolucionario nombre de Adela— es un fifí “que se levanta a las diez de la mañana a pinzarse las cejas”. Por si fuera poco, Adelaida sospecha que Pepito usa en secreto su rímel, su rubor, su polvo. (“Hubo de advertir una mañana que [...] alrededor de los ojos [de su hermano] había el cerco negro de cenizas que deja el rímel después de una noche.”)

Las distintas referencias al fifí en los veinte y treinta coinciden en su significado de afeminado, aunque no necesariamente se le acuse de homosexual. Para López y Fuentes, el fifí es “un algo, sí, garboso y

bonito pero sin acercarse al hombre ni asemejarse a la mujer, es un ser *bíbrido*". El *fifi* traiciona a su género, el masculino, con su atuendo (el vestido, los accesorios, el maquillaje) y hasta con su complexión, su tipo de cuerpo, e incluso al apartarse, a veces, del orden heterosexual. Por eso la prensa de los veinte y treinta le dedica tantas páginas burlonas. Esa acepción no se perdió del todo con el tiempo. Por ejemplo, *El libro de las malas palabras* (2001), un compendio de "insultos, maldiciones y palabrotas de uso diario en América Latina" del caricaturista Rius, consigna todavía "*fifi*" como "afeminado".

JOVEN E INÚTIL COMO UN JUNIOR

Hay otro rasgo de la palabra *fifi* que con frecuencia se pasa por alto: se dirigía a los jóvenes. Los textos de principios del siglo XX satirizan y advierten contra la peligrosa moda, pero no hacen mofa de *cuálquier rico...* sino de aquellos hombres que apenas se volvieron adultos. A ratos, *fifi* se siente como escarmiento, como regaño de los mayores, lo que hoy llamamos "juvenear".

En su columna del 7 de julio de 1923, López y Fuentes narra el caso del asesinato de un joven a manos de su padre: el primero es *fifi* pero el segundo —don Josef Molina, un hombre "maduro", padre y esposo— es un viejo verde. Comparte con su hijo los paseos por las calles principales, la coquetería ("dicen galanteos a las chicas que pasan por la mejor avenida"), el *senior* también usa bastón pero "se va volviendo indispensable", dejó de ser "un simple objeto *chic*". Ambos son derrochadores y ociosos, pero para López y Fuentes son, en definitiva, otro grupo "que pudiéramos llamar verde, el de los vejetes, [que] hace migas con otro gremio, más afortunado porque se cimienta sobre la juventud". Artemio Molina, su hijo, "es partidario del ayuno" —otra referencia al cuerpo delgado— y, "como pavo real, le basta con la figura esponjada y multicolor", lleva "una varita flexible a la mano" (más guiños al afeminamiento).

En *Lota de loco* se dice que el padre de Pepito deseaba que fuera dentista, pero el muchacho abandonó sus estudios. El cuento hace hincapié en su desempleo, ocupado por completo en el ocio: casi todos los días se despierta tarde, se la pasa de fiesta con sus amigos "muy hombres", según el cómico padre que no se entera de nada y le da dinero para esos y otros gastos. Adelaida lo resiente: ella sí se levanta temprano, trabaja el día entero como mecanógrafa y fantasea con obreros, hombres muy viriles —hasta en la clase de cuerpo— por el trabajo manual que desempeñan, *a diferencia de su hermano Pepito y de los chicos de la escuela*.

En tanto, los *fifis* son improductivos, indolentes y ociosos, a López y Fuentes le sorprende que hayan sido

capaces de organizarse en una banda criminal para asaltar en Tacubaya. Incluso, duda de que el *fifi* experimente una auténtica decadencia, "de la misma manera que no puede vivir lo que nunca ha tenido vida". No trabaja, solo estorba en las aceras. No vive para producir, sino para ser contemplado. "No tiene ambiciones", salvo por el atuendo. "No fuma salvo cuando le obsesquian tabaco". Es "un inútil", "una cosa y no un hombre". Los empresarios y los políticos de renombre se libran la acusación de afeminamiento porque ellos *trabajan, producen*.

En una entrevista con Carmen Aristegui y a la pregunta "¿qué significa *fifi*?", López Obrador respondió: "es un *junior* conservador". *Junior* no es *senior*. El *junior* es el hijo de un hombre rico, ocupado y productivo. En la imaginación colectiva no es la fuente de la riqueza sino quien vive de ella. Un joven mantenido, al que también podemos imaginar mimado, imberbe, ocio, inútil. Es decir, no del todo un hombre.

Y, POR SI FUERA POCO, FACHO

En 1924, una comisión del gobierno de Álvaro Obregón fue encomendada a recibir a la nave *Italia*, que llegaba al país con propaganda artística fascista de parte del gobierno de Benito Mussolini. En el número 11 de *El Machete* (28 de agosto-4 de septiembre del mismo año), la revista del Partido Comunista de México en la que participaban artistas como Diego Rivera y José Clemente Orozco, entre otros, se incluye un corrido llamado "Los rorros fachistas", acompañado de un grabado de Orozco. Las razones de aquellos versos aparecen en la misma publicación: "La Secretaría de Estado que, formando parte de un gobierno revolucionario, gasta dinero del pueblo en festejar la llegada de una expedición reaccionaria, con delegaciones de *fifis*, *jotitos* y empleados retrógrados, con paseos, festivales y comelitones, insultan a los trabajadores de México." El grabado no distingue entre *fifis*, *jotitos* y empleados retrógrados acaso porque para Orozco no existen las diferencias: se trata de seis hombres en posturas afeminadas, con ropa ajustada y elegante, rodeados de símbolos cursis que aluden al arte (una lira, unos libros, una pluma de ganso). La referencia a Salvador Novo y compañía, que encajaban en el estereotipo de *fifi*, es bastante evidente. De acuerdo con Jairo Antonio Hoyos Galvis —*Los laberintos de la jotería: una historia sexual de la estética mexicana (1917-1934)*— la burla entrelaza "las características corporales, las prácticas sexuales y las expresiones artísticas". No se trata de afeminados cualesquiera, sino unos con preferencias políticas determinadas y gustos artísticos identificables. El corrido comienza satirizando las predilecciones estéticas de los rorros ("los bellos salones / llenos de pinturas y de mascarones",

“las pinturas del genial Sartorio”) en contraste con el arte de los muralistas (que les da por “pintar su proletariado, / tan sucio, tan cursi y tan desgastado”) para terminar con un canto de desprecio por la clase obrera en clave genocida: “masacremos campesinos / aplastemos sindicatos / de esos obreros cochinos”. Qué tan ligados estaban los gustos, las ideas políticas, la forma de vestir, el modo de comportarse como para presentarlos como un mismo paquete fifi era algo que poco importaba a la sátira. Lo mismo hoy que ayer.

No es difícil establecer un paralelo entre estas caracterizaciones y las que, bajo el *hashtag* #marchafifi, imaginaban en redes sociales las consignas de quienes habían salido a manifestarse: “Los fifis se cansan de tanta pinche raza”, “Lucha, lucha, no dejes de luchar, por un gobierno facho represor y cupular”, “¿Qué importan los muertos? ¡Queremos aeropuertos!” En la crónica de Alfonso Taracena, “Del lagartijo al fifi” (*Revista de Revistas*, 3 de mayo de 1935), se dice que los fifis “son inofensivos y huyen al menor alboroto”, que no se distancia mucho de las burlas que en Twitter se hacían para que los granaderos les cayeran a los manifestantes fifis, como una forma de que aprendieran de qué iba eso de marchar. Ya se sabe: cosas que se ganan los fifis por hacerse ver en público.

PERO, POR FORTUNA, HAY GENTE QUE NO ES FIFI

En una novela de 1927, justamente olvidada, *El fifi de Plateros*, el escritor español Joaquín Belda describe el periplo de Jaime Bragela, un escritor también español, en el México de los veinte. El fifi del título no es el protagonista de la historia sino el hijo de un millonario amigo suyo: un veinteañero llamado Pepe Coutiño que “era el tipo perfecto del fifi, de esa plaga afeminada que padece la ciudad viril y corajuda de Cortés, donde los hombres son más hombres que en ninguna parte del mundo”.

Un contraste digno de mención se presenta en los capítulos XIV y XV, en donde “Pepito” le cuenta a Bragela su hazaña amorosa más reciente, en la que se ve involucrada una conocida del español. El cinismo y la cobardía del fifi enojan tanto a Bragela que este lo obliga a hacerse cargo de sus actos. El mal sabor de boca se le quita al protagonista en el siguiente capítulo, en el que se topa, ahora sí, con un hombre de verdad, alguien que habla “con palabras sinceras y viriles” y con ademanes que denotan su “mano de conductor de pueblos”. Se trata de un político que intenta remediar los males que conoció “en el bajo pueblo”, cuando se desempeñaba como maestro de la normal. El político admite ante Bragela que el altísimo puesto que en ese momento desempeña no es producto de la ambición sino el mero cumplimiento de un deber. A diferencia

de otros personajes del libro, este tiene un nombre real. Se llama Plutarco Elías Calles.

“Jaime”, dice el narrador, “experimentaba la sensación de estar en el laboratorio donde se estaba forjando el porvenir de un pueblo: y Plutarco Elías Calles era el alquimista de aquella transformación”.

No es el único hombre admirable con el que se encuentra Bragela: el gobierno de ese entonces parecería tener más ejemplares de la misma altura y convicción. Del general Álvarez, el narrador destaca que “se levanta a las cinco de la mañana” y cumple labores de “doce o catorce horas” al día. Del alcalde de la ciudad, subraya que le preocupe “la moralización del ambiente”, indispensable para sanear la administración pública. Estaba en la misma sintonía que el presidente y Bragela ve con esperanza que comienza “una nueva era para el país”.

Después de aquel encuentro con Pepito Coutiño y Calles, Bragela concluye: “[Los fifis], y no los revolucionarios ni los revoltosos, eran la plaga de México.” Siempre resulta provechoso, para caracterizar al fifi, tener muy en claro quiénes no son parte del gremio.

AHORA DILO SIN LLORAR

¿Qué sentido tiene recuperar una palabra que se usó contra los hombres gay o “afeminados”, reduciéndola ahora a mera denuncia de desigualdad social? Si la historia se cuenta a medias, ignorando las partes inconvenientes, es probable que fifi tenga esa potencia política que muchos le atribuyen, pero si uno pone un poco más de atención puede darse cuenta de que su alcance es, por decir lo menos, insuficiente.

Lo interesante de rastrear los significados de fifi es que la palabra ha sabido empaquetar tu ubicación en el espectro político, tus gustos, tu vestimenta, tu edad, tus modales y hasta tus defectos de carácter. Nunca ha sido una mera descripción de desigualdad. De hecho, el problema con la palabra fifi no es que ponga la desigualdad sobre la mesa sino que se detiene precisamente ahí donde también es relevante pensar sobre esa desigualdad: cuando se comparten preferencias políticas, gustos estéticos, maneras de ser. La forma en que los grupos que se debatían la nación a principios del siglo XX capitalizaron lo mismo las desigualdades sociales que los prejuicios de la época debería darnos pistas sobre cómo las palabras que quieren ser ofensivas ofrecen trazos muy gruesos del enemigo. Fifi no fue solo el término inocente que usaba el pueblo para evidenciar la blanquitud y los privilegios. Ver qué prejuicios mueve ahora, y a qué propósitos sirve, para ser un concepto tan exitoso no es asunto menor. —